

Antón Chéjov

# El violín de Rothschild y otros relatos

Traducción directa del ruso y nota preliminar  
de Juan López-Morillas



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Revisión de la transcripción del ruso de Esther Arias Valor

Primera edición: 1994

Segunda edición: 2017

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Jan van der Vaardt: *Violín y arco colgando de una puerta* (detalle). Chatsworth House, Derbyshire (Reino Unido).

© ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Herederos de Juan López-Morillas

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1994, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9104-700-1

Depósito legal: M. 4.154-2017

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Nota preliminar, por Juan López-Morillas
- 13 El consejero privado
- 38 La corista
- 46 Gente de calidad
- 62 El orador
- 68 En camino
- 93 Volodia
- 111 Terror
- 128 El violín de Rothschild
- 143 El hombre enfundado
- 163 Sobre el amor
- 177 Dúshechka
- 196 El obispo



# Nota preliminar

Los estudiosos de la obra de Antón Pávlovich Chéjov (1860-1904) reconocen que el año 1886 representa un notable cambio de orientación en su actividad como cuentista. En efecto, los cuentos que escribe durante los seis años anteriores, muchos de ellos publicados en periódicos y revistas bajo el seudónimo de Antosha Chejonte, son por lo común de índole festiva y satírica, algunos de ellos meros bocetos cómicos, a los que el propio autor atribuyó tan ínfima importancia que los excluyó de la edición de sus obras en 1899-1902.

No obstante, esos cuentos son valiosos como testimonio del aprendizaje a que se sometió Chéjov para alcanzar la maestría que se le reconoce universalmente en el arte de la narrativa corta. Fue en ellos donde aprendió a condensar la realidad física y psíquica en unos cuantos rasgos individuantes e inequívocos. Fue en ellos donde dio plena vigencia a los apotegmas que a menudo apare-

cen en sus cartas: «La concisión es la hermana del talento». «El arte de escribir es el arte de abreviar.» «Sé hablar brevemente de cosas largas.» Ello suponía –como se verá en los cuentos escritos a partir de 1886 e incluidos en este volumen– la eliminación metódica de arbitrios narrativos tradicionales, en particular, de las descripciones detalladas de personajes y ambientes, pues tal minuciosidad desvirtuaba, y a veces ocultaba, lo que cabalmente se quería revelar: el ser, sentir y hacer de los personajes que transitaban por las páginas de la narración. Chéjov, pues, prescinde a partir de 1886 de gran parte de este bagaje, y con ello sus cuentos adquieren desde esa fecha una limpidez y tersura punto menos que inigualables.

Por supuesto, en los cuentos escritos a partir de 1886 Chéjov no excluye por completo el ingrediente cómico, pero, en vez de hacer hincapié en él como eje fundamental de la fábula, ese elemento aparece en ella como una faceta más entre las muchas que componen el complejo prisma de la humana condición; y el cuentista elabora con tal destreza esa composición que el lector nunca sabe a ciencia cierta cuál es el «talante psíquico» de sus personajes –lo que en la narrativa del siglo XIX solía llamarse «caracterización»–, ya que los tales parecen inventar sus vidas a cada momento, respondiendo a impulsos a los que Chéjov apenas alude y a menudo disimula. Esta práctica, reprobada por la narrativa realista y naturalista, corresponde, si bien se mira, a lo que ocurre en la «vida real», donde cada ser humano puede ser, en principio, un enigma capaz de revelarse y actuar en actitudes insospechadas.

Éste es también, por descontado, el Chéjov de sus cinco grandes obras teatrales. Lo que nada tiene de extraño, pues la simbiosis entre el Chéjov cuentista y el Chéjov dramaturgo es incuestionable. A este propósito no está de más recordar que empieza a adiestrarse en la narración y el diálogo casi al mismo tiempo.

Los textos traducidos proceden de varios tomos de A. P. Chéjov, *Sobranie sochinenii*, Moskvá, Gosudárstvennoye Izdátelstvo Judózhestvennoi Literaturny, 1960-1964.

Juan López-Morillas





## El consejero privado\*

En los primeros días de abril de 1870 mi madre, Klavdia Arjípovna, viuda de un teniente, recibió una carta de su hermano Iván, consejero privado, residente en Petersburgo. Entre otras cosas la carta decía: «Una enfermedad del hígado me obliga a salir al extranjero todos los veranos; pero como este año carezco de fondos para ir a Marienbad es muy posible, querida hermana, que vaya a pasar el verano próximo contigo en Kochúyevka...».

Mi madre palideció al leer la carta y se echó a temblar de pies a cabeza. Luego apareció en su rostro una expresión sonriente y lacrimosa. Empezó a llorar y reír alternativamente. El conflicto entre el llanto y la risa me recuerda siempre el centelleo y chisporroteo que se producen cuando se echa agua a una bujía que arde vivamente. Después de leer la carta por segunda vez, mi madre convocó a

\* Título original: *Tainy sovétnik* (1886).

todo el personal de la casa y con voz entrecortada por la emoción nos explicó que había habido cuatro hermanos en la familia Gundásov: uno había muerto en la infancia; otro había sido militar y también había muerto; el tercero –y no lo decía por ofenderle– se había hecho actor; y en lo tocante al cuarto...

–Mi cuarto hermano está por encima de todo –dijo mi madre sollozando–. Es mi hermano carnal, nos criamos juntos, y me echo a temblar sólo de pensar en él... Porque es consejero privado, que en lo civil corresponde al grado de general en lo militar. ¿Qué relación voy a tener con ese ángel mío? ¿De qué voy a hablar yo con él, tan bobo e ignorante como soy? Hace quince años que no le veo. Andriúshenka –dijo mi madre volviéndose hacia mí–, alégrate, tonto, que es por ti por quien Dios nos lo trae aquí.

Después que hubimos oído la historia de los Gundásov en todos sus detalles se armó en la finca un zafarrancho como solíamos ver únicamente en vísperas de una boda. Sólo quedaron intactas la bóveda celeste y el agua del río; todo lo demás fue sometido a limpieza, lavado y pintura. Si el cielo hubiera sido más pequeño y estuviera más bajo, y si el río no fluyera tan deprisa, también ellos hubieran sido escaldados con agua hirviendo y restregados con estropajo. Las paredes eran ya de por sí blancas como la nieve, pero se volvieron a blanquear. Los suelos brillaban y deslumbraban, pero eran fregados todos los días. El gato Rabón (así llamado porque yo, cuando era todavía un niño pequeño, le había cortado con un cuchillo una buena parte del rabo) fue desterrado de la sala a la cocina y entregado al cuidado de Anisia. A Fedka se le

advirtió que si los perros se acercaban al pórtico de entrada «Dios le castigaría». ¡Pero ninguna cosa sufrió tantas torturas como los infelices divanes y sillones y las míseras alfombras! Nunca habían sido vapuleados con tanto brío como ahora, cuando se esperaba la llegada del visitante. Oyendo los golpes, mis palomas revoloteaban alarmadas y acabaron por desaparecer, volando, en el cielo mismo.

De Novostróyevka vino Spiridón, el único sastre del distrito que se atrevía a hacer ropa para la gente acomodada. Era hombre trabajador y hábil que no bebía, ni carecía de imaginación y apego a las artes plásticas, pero que, no obstante, cosía detestablemente. Sus dudas lo echaban todo a perder... La idea de que la ropa que hacía no estaba enteramente de moda le inducía a cortar cada pedazo de tela hasta cinco veces. Iba a pie a la ciudad con el único fin de ver cómo se ataviaban los petimetres, y en fin de cuentas nos vestía con trajes que incluso un caricaturista hubiera tenido por exageración o broma. Nos embutía en pantalones imposiblemente estrechos y levitas tan cortas que sentíamos vergüenza cuando había señoritas presentes.

Este Spiridón estuvo largo rato tomándome las medidas. Me midió de arriba abajo y de delante atrás como si fuera para ajustarme aros de barril, luego estuvo apuntando largo rato en una hoja de papel con un lápiz grueso, y al cabo hizo unas señales triangulares en su cinta de medir. Una vez que hubo terminado conmigo la emprendió con mi tutor, Yegor Alekséyevich Pobedimski. Ese inolvidable tutor mío estaba a la sazón en la edad en que los hombres vigilan el crecimiento de sus

bigotes y son melindrosos en cuanto a su atuendo; de modo que pueden ustedes imaginarse el espanto con que Spiridón se acercó a mi maestro. Yegor Alekséyevich fue obligado a echar la cabeza atrás, separar las piernas en forma de V invertida y levantar o bajar los brazos alternativamente. Spiridón le midió varias veces dando vueltas alrededor de él, como un palomo en celo alrededor de la paloma, poniendo a veces una rodilla en tierra e inclinándose en forma de gancho. Mi madre, fastidiada y molida por todo este barullo y sofocada por el calor que emitían las planchas, dijo mirando esos trámites interminables:

—¡Cuidado, Spiridón! Dios te pedirá cuentas si estropeas la tela. ¡Desgraciado de ti si esta vez no aciertas!

Las palabras de mi madre hicieron sudar a Spiridón, luego le dieron calentura porque estaba seguro de no acertar. Por hacer mi traje cobró un rublo y veinte kopeks, y por el de Pobedimski dos rublos. La tela, el forro y los botones corrieron de nuestra cuenta. Esto no puede menos que parecer barato, tanto más cuanto que Novostróyevka estaba a nueve verstas de nuestra casa y el sastre vino cuatro veces a hacer las pruebas. Durante esas operaciones, mientras nosotros nos probábamos los estrechos pantalones y levitas cubiertos de hilos de hilvanar, mi madre, aprensiva, arrugaba el ceño y decía:

—¡Dios sabe por dónde va la moda estos días! ¡Casi me da vergüenza mirar! ¡Si no fuera porque mi hermano vive en Petersburgo, no permitiría que os vistierais así!

Spiridón, gozoso de no ser él, sino la moda, el blanco de la queja, se encogía de hombros y suspiraba como queriendo decir:

—No hay nada que hacer. Es el espíritu de los tiempos.

La agitación con que esperábamos la llegada de nuestro huésped sólo era comparable a la emoción con que los espiritistas aguardan de minuto en minuto la aparición de un espíritu. Mi madre padecía de jaquecas y lloraba a cada momento. Yo perdí el apetito, dormía mal y no estudiaba mis lecciones. Hasta en sueños me atosigaba el deseo de ver a un general, o sea, a un hombre con charreteras, cuello bordado levantado hasta las orejas y una espada desnuda; en suma, exactamente igual al general del retrato que colgaba sobre el diván de la sala, quien clavaba sus ojos negros y terribles en quienquiera que se atreviese a mirarle. Sólo Pobedimski se sentía a gusto. No se asustaba, no se alegraba, y sólo de vez en cuando, al oír de mi madre la historia de la familia Gundásov, decía:

—Sí. Será agradable hablar con una persona nueva.

En nuestra finca miraban a mi tutor como a un ser excepcional. Era un joven de unos veinte años, desgreñado, granujiento, de frente estrecha y nariz sumamente larga. Esa nariz era tan prominente que, cuando su dueño quería mirar alguna cosa de cerca, tenía que agachar la cabeza de lado como un pájaro. A nuestro parecer no había en toda la provincia hombre más inteligente, ilustrado o galante que él. Había terminado los seis cursos de secundaria e ingresado después en la Escuela de Veterinaria, de la que había sido expulsado en menos de seis meses. Ocultaba celosamente el motivo de la expulsión, circunstancia que daba a cualquiera que lo deseara la ocasión de considerarle como víctima del sistema y persona hasta cierto punto misteriosa. Hablaba poco y

sólo de temas eruditos, comía carne durante la Cuaresma y miraba la vida en torno con altivez y desprecio, lo que no le impedía aceptar regalos de mi madre en forma de trajes, o pintar en mis cometas caras grotescas con dientes rojos. A mi madre no le gustaba a causa de su «orgullo», pero lo respetaba por su saber.

Nuestro huésped no se hizo esperar mucho. A principios de mayo llegaron de la estación dos carros llenos de enormes baúles. Estos baúles tenían un aspecto tan majestuoso que el carretero se quitó la gorra maquinalmente al bajarlos del carro.

«Estarán llenos de uniformes y pólvora», pensé yo.

¿Por qué pólvora? Probablemente porque en mi imaginación el generalato estaba íntimamente ligado a los cañones y la pólvora.

Cuando mi niñera me despertó en la mañana del 10 de mayo me dijo en voz baja que «mi tío había llegado». Me vestí a escape, me lavé al desgaire y, olvidando mis rezos matutinos, salí volando del dormitorio. En el pasillo tropecé con un señor alto y corpulento, de patillas muy a la moda y abrigo elegante. Muerto de terror me planté ante él y, recordando el ceremonial que mi madre me había enseñado, choqué los tacones, hice una profunda reverencia e intenté besarle la mano, pero el caballero no me la alargó para que se la besara, diciéndome que él no era mi tío, sino sólo Piotr, su ayuda de cámara. El aspecto de este Piotr, vestido muchísimo mejor que Pobedimski y que yo, me colmó de asombro tal que, a decir verdad, me dura hoy todavía. ¿Es posible que hombres tan respetables e imponentes como él, con caras tan severas e inteligentes, pudieran ser lacayos? ¿Y con qué fin?

Piotr me dijo que mi tío y mi madre estaban en el jardín y allí fui a todo correr.

La naturaleza, que no sabía la historia de la familia Gundásov ni la graduación militar de mi tío, se sentía mucho más libre y desahogada que yo. En el jardín reinaba el género de barullo que sólo se ve en las ferias. Multitud de estorninos hendían el aire y saltaban por las veredas persiguiendo con chillidos a los escarabajos. En las matas de lilas, que me rozaban el rostro con sus flores delicadas y fragantes, se agolpaban los gorriones. Adondequiera que me volvía oía el cantar de las oropéndolas y el piar de los mirlos y pinzones. En otra ocasión hubiera corrido tras las libélulas o tirado piedras a un cuervo que, encaramado en un pequeño almiar bajo un nido de avispas, torcía su pico chato de uno a otro lado. Pero la ocasión no era propicia a los juegos. Me martilleaba el corazón y sentía frío en el estómago. ¡Estaba a punto de ver a un hombre con charreteras, espada desnuda y ojos terribles!

¡Pero imagínense el chasco que me llevé! Un currutaco pequeño y delgado con camisa blanca de seda y gorra blanca militar se paseaba al lado de mi madre. De vez en cuando, con las manos en los bolsillos y la cabeza echada hacia atrás, se adelantaba corriendo a mi madre y daba la impresión de ser un hombre joven. Había tanto movimiento, tanta vitalidad en toda su figura que la traidora vejez sólo se me hizo aparente cuando al acercarme por detrás y ver su gorra noté que del borde de ésta salía el pelo blanco bien recortado. En lugar de la seriedad y el grave continente de un general lo que vi fue una ligereza casi pueril; en lugar de un cuello levantado hasta las ore-

jas, una corbata azul común y corriente. Mi madre y mi tío paseaban conversando por la vereda. Yo me acerqué a ellos por detrás, sin hacer ruido, esperando que uno de los dos se volviese y me viera.

—¡Qué sitio tan encantador tienes aquí, Klavdia! —exclamó mi tío—. ¡Qué bonito y simpático! ¡De haber sabido antes que era tan hermoso no habría puesto los pies en el extranjero en todos estos años!

Mi tío se inclinó bruscamente para oler un tulipán. Todo lo que veía despertaba en él entusiasmo y curiosidad, como si jamás hubiese visto un jardín o un día de sol. Este hombrecito extraño se movía como por resortes y charlaba incesantemente, sin dar a mi madre ocasión de decir una palabra. De pronto Pobedimski apareció en una revuelta de la vereda. Esa aparición fue tan inesperada que mi tío se estremeció y dio un paso atrás. Esta vez mi tutor llevaba puesto su abrigo de gala con capota, lo que le hacía parecerse mucho a un molino de viento, sobre todo por detrás. Su aspecto era majestuoso y triunfante. Apretando el sombrero contra su pecho a la manera española, dio un paso hacia mi tío y se inclinó un poco de lado, ni más ni menos que un marqués de melodrama.

—Tengo el honor de presentarme a Vuestra Excelentísima Alteza —dijo con voz sonora—. Soy pedagogo, tutor de vuestro sobrino y antiguo alumno de la Escuela de Veterinaria. Me llamo Yegor Alekséyevich Pobedimski, de cuna hidalga.

La delicada cortesía de mi tutor agradó muchísimo a mi madre. Sonrió y quedó pasmada de dulce expectación ante la frase brillante que aquél diría a continuación; ahora bien, mi tutor aguardaba a que mi tío respondiese



a su altisonante alocución con otra igualmente altisonante, y que le alargase dos dedos con el «hum» propio de un general. Por lo tanto, quedó sumamente turbado y encogido cuando mi tío sonrió cordialmente y le dio un fuerte apretón de manos. Murmurando algunas palabras incoherentes, mi tutor tosió y se retiró.

—¿No es un encanto? —dijo mi tío riendo—. Mírale. ¡Se ha puesto las alas y está pensando en lo listo que es! ¡Vive Dios que me gusta eso!... ¡Qué juvenil dominio de sí mismo, cuánta vida hay en esas ridículas alas! ¿Y quién es este rapaz? —preguntó volviéndose de pronto y mirándome.

—Es mi Andriusha —dijo mi madre ruborizándose—. El consuelo de mi vida...

Yo arrastré un pie hacia atrás e hice una profunda reverencia.

—¡Un chaval muy apuesto..., muy apuesto!... —murmuró mi tío retirando de mis labios la mano y pasándola por mi cabeza—. ¿Conque te llamas Andriusha? Vaya, vaya... Sí, ¡vive Dios! ¿Vas a la escuela?

Mi madre, exagerando y mintiendo como todas las madres, empezó a recitar mis éxitos tanto en mis estudios como en mi buena conducta, mientras yo daba vueltas alrededor de mi tío sin cesar de hacerle profundas reverencias conforme al plan preconcebido. Cuando mi madre empezó a insinuar que con mis notables proezas no estaría de más que yo ingresara en el Cuerpo de Cadetes a expensas del Estado, y cuando de acuerdo con nuestro plan yo debía romper a llorar y pedir el patrocinio de mi tío, éste hizo alto de pronto y levantó los brazos en gesto de asombro:

—¡Dios santo! ¿Pero qué es esto? —dijo.

Por la vereda, directamente hacia nosotros, venía Tatiana Ivánovna, la esposa de Fiódor Petróvich, nuestro administrador. Llevaba un largo tablero de planchar y una falda blanca almidonada. Al pasar junto a nosotros se ruborizó y miró de reojo a nuestro huésped a través de sus largas pestañas.

—¡De mal en peor!... —murmuró mi tío entre dientes, siguiéndola con los ojos—. ¡Pero, hermana, aquí no puede dar uno un paso sin tropezar con una sorpresa!... ¡Vive Dios!

—Es nuestra belleza... —dijo mi madre—. La trajeron de una finca... a ciento veinte verstas de aquí... para que se casara con Fiódor...

No todos dirían que Tatiana era una belleza. Era una mujer pequeña y regordeta de unos veinte años, esbelta, cejinegra, siempre colorada y atractiva, pero ni en su rostro ni en su figura había un solo rasgo pronunciado, ni una sola línea notable en que pudiera posarse la mirada. Diríase que, al crearla, la naturaleza había carecido de confianza e inspiración. Tatiana Ivánovna era tímida, pusilánime y de buena conducta. Andaba como deslizándose, hablaba poco y reía raras veces. Toda su vida era tan lisa y llana como su cabello esmeradamente peinado. Mi tío la siguió con la vista, sonriendo. Mi madre fijó los ojos en su cara sonriente y se puso seria.

—¡Y tú, hermano, nunca te has casado! —dijo suspirando.

—No, no me he casado...

—¿Por qué? —preguntó mi madre en voz baja.

—¿Qué te diría yo? Pues porque la vida así lo ha querido... De joven trabajaba demasiado, sin tiempo para di-

vertirme; y más tarde, cuando quise vivir..., ya ves. Llevaba cincuenta años a mis espaldas. ¡No me quedaba tiempo! Pero, por otra parte, es fastidioso hablar de ello.

Mi madre y mi tío suspiraron simultáneamente y pasaron adelante. Yo me separé de ellos y corrí a buscar a mi tutor para compartir con él mis impresiones. Pobedimski estaba en medio del patio contemplando el cielo con aire majestuoso.

—¡Sin duda es un hombre ilustrado! —dijo retorciendo la cabeza—. Espero que entablemos amistad.

Una hora más tarde mi madre se reunió con nosotros.

—¡Ay, chicos! ¡Vaya lío en que estoy metida! —dijo jadeando—. Mi hermano se ha traído a su ayuda de cámara. ¡Ay, Dios mío! Un ayuda de cámara a quien no podemos poner en la cocina ni en el zaguán. Es absolutamente necesario darle su propia habitación. ¡No sé cómo resolver el caso! A ver, muchachos, ¿no podríais iros vosotros al ala de la casa con Fiódor y dejar vuestra habitación al ayuda de cámara?

Nosotros contestamos que lo haríamos con mucho gusto, porque la vida en el ala sería mucho más libre que en la casa bajo los ojos de mi madre.

—¡Y más lío todavía! —prosiguió mi madre—. Mi hermano dice que no quiere que se le sirva la comida a mediodía, sino a las siete de la tarde, como es costumbre en la ciudad. ¡Estoy que pierdo el juicio! Porque a las siete de la tarde se habrá quemado la comida que está en el fogón. Los hombres, claro, no saben nada de cosas domésticas por muy listos que sean. ¡En fin, que habrá que preparar dos comidas, desgraciada de mí! Vosotros, muchachos, comeréis como hasta ahora, a mediodía, y

esta pobre vieja tendrá que esperar a comer con su hermano a las siete.

Mi madre lanzó un hondo suspiro, me dijo que diera gusto a mi tío, a quien Dios había enviado para hacer mi felicidad, y fue corriendo a la cocina. Ese mismo día Pobedimski y yo nos mudamos al ala de la casa. Nos instalaron en una antecámara entre el vestíbulo y el cuarto del administrador.

No obstante la llegada de mi tío y nuestra mudanza, nuestra vida, contra lo esperado, seguía el mismo curso de antes, indolente y monótona. Quedamos libres de nuestras lecciones «a causa del visitante». Pobedimski, que nunca leía ni hacía nada, pasaba de ordinario el tiempo sentado en la cama, y con su larga nariz en el aire pensaba en algo. De vez en cuando se levantaba, se probaba su traje nuevo y volvía a sentarse para continuar su meditación en silencio. Sólo una cosa le molestaba: las moscas, a las que daba manotazos sin compasión. Después de la comida solía «descansar», soliviantando a todo el personal con sus ronquidos. Yo, por mi parte, jugaba en el jardín desde la mañana hasta la noche, o bien me sentaba en mi cuarto a hacer cometas. Durante las dos o tres primeras semanas veíamos a mi tío raras veces. Pasaba días enteros trabajando en su habitación, sin hacer caso de las moscas ni del calor. Su insólita capacidad de estar sentado como adherido a la mesa nos daba la impresión de un truco inexplicable. A unos gandules como éramos nosotros, ignorantes del trabajo sistemático, su laboriosidad era sencillamente un milagro. Se levantaba a las nueve, se sentaba a la mesa y no se levantaba de allí hasta la hora de comer. Tan pronto como termina-

ba de comer volvía a su trabajo hasta muy avanzada la noche. Cuando le miraba por el ojo de la cerradura siempre veía lo mismo: mi tío sentado a la mesa y trabajando. El trabajo consistía en escribir con una mano, hojear un libro con la otra y, por extraño que parezca, moverse constantemente: balanceando las piernas a la manera de un péndulo, silbando y llevando con la cabeza el compás de lo que silbaba. Su aspecto en estas ocasiones era sumamente distraído y frívolo, como si en realidad no trabajara y estuviera ocupado en jugar a tres en raya. Cada vez que le veía llevaba puesta una vistosa levita corta y una corbata de petimetre, y cada vez que le miraba, incluso por el ojo de la cerradura, percibía un olor a perfume delicado de mujer. Salía de su habitación sólo para comer, pero comía muy poco.

—¡No entiendo a mi hermano! —se quejaba mi madre—. Todos los días se matan para él un pavo y unos pichones, yo misma le preparo una compota, y todo lo que come es un platito de caldo y un trocito de carne del tamaño de mi dedo, tras lo cual se levanta de la mesa. Si le ruego que coma, vuelve a la mesa y toma un sorbo de leche. ¿Y qué es la leche? Agua sucia y nada más. De comer así se morirá. Si trato de persuadirle se ríe o bromea... ¡No, hijos, no le sienta bien lo que le damos de comer!

Nuestros anocheceres eran mucho más alegres que nuestros días. Por lo común, cuando se ponía el sol y las sombras se alargaban en el patio, nosotros, o sea, Tatiana Ivánovna, Pobedimski y yo, nos sentábamos en el porche de nuestra parte de la casa. Guardábamos silencio hasta que se hacía de noche, porque ¿qué había que decir cuando ya se había dicho todo? No había más que una nove-